



SEGUNDO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2022-2023

**“EN EL
TRABAJO”**

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
DICIEMBRE 2022**

ÍNDICE

ELIJO PAZ	Manuel Vaquera	4
SIN TÍTULO	Juana García	5
SIN ACRITUD	Ángel Rodríguez García	6
LA VENGANZA ES UN PLATO QUE SE SIRVE FRÍO	María J. Llanos	7
EL OTRO JORGE	Belén Gómez	8
EL ENCUENTRO	Isabel González	9
CAPRICHOS DEL DESTINO	Natividad Martín Ciudad	10
LA SOLUCIÓN ERRÓNEA	Pilar Alcántara	11
NEGOCIOS	Víctor M. Jiménez Andrada	12
MUNDO INTANGIBLE	José A. García Fera	13
ENEMISTAD	Blanca Fajardo Utrilla	14
CASUALIDADES	Vito Cruces	15

ELIJO PAZ

Nacemos para morir. Nadie quiere saber si deseamos ni una cosa ni la otra. Ambos son actos de sometimiento. Pero, al menos, entre ambos hitos hay un espacio que se nos brinda como una oportunidad de elegir: es la vida. Única e irrepetible. Irrepetible y única.

Me ha costado muchos años apreciar mi poder de elegir, sin depender de esos condicionamientos externos que obnubilan el entendimiento. Me desnudo hasta la médula y me observo como alguien ajeno que compromete su criterio al fin noble de la sinceridad libre de prejuicios. Sin la carga del orgullo. Sin la altivez de la soberbia.

Hasta el ser humano más virtuoso encontrará en su camino numerosos signos de disidencia. Es el tributo que pagamos por la exclusividad de cada genoma, intransferible y distinto.

Un segundo después de que el jefe me presentara al insoportable Jonatan como mi compañero de trabajo, una luz interior me dijo: Jorge, elige paz. Ya hice suficientes intentos. Con las personas tóxicas no hay manera. No puedo evitar su presencia, pero vivo apartado de su ser, a pesar suyo. Ya no soy su combustible.

Manuel Vaquera

Jorge respira aliviado, por fin han terminado las clases en la facultad de ciencias económicas, ya no tendrá que volver a cruzarse con ese compañero con el que, en los últimos meses, se le hacía insoportable coincidir.

Nunca habían sido amigos, aunque tampoco tenían nada en contra el uno del otro, se saludaban con un ligero movimiento de cabeza, más por compromiso que por otra cosa.

Pero en el último año, mientras preparaban su trabajo fin de grado, su enemistad fue en aumento. Según les habían comentado algunos compañeros, los dos habían elegido el mismo tema, lo que hizo sospechar al uno del otro y crear un clima bastante incomodo.

Sin llegar a preguntarse por qué, se lanzaban indirectas cuando se juntaban en la cafetería del campus, o en cualquier lugar de la facultad, en alguna ocasión casi llegan a las manos a no ser por algún compañero que medió entre ellos.

El tiempo pasó, cada uno emprendió su vida laboral y no habían vuelto a encontrarse. Hasta que a Jorge, en un reajuste de la empresa, le trasladaron a otra ciudad.

Su sorpresa fue mayúscula cuando, nada más entrar, le presentaron a la persona con la que debería trabajar en un futuro; que no era otra que su antiguo compañero de universidad.

Ambos se quedaron como estatuas de sal, sin mediar palabra, ante la mirada de estupefacción del jefe de personal que no entendía lo que estaba pasando.

Se saludaron con una mirada fría, de forma tensa. De golpe, el pasado, volvía a enfrentarlos.

Los dos pensaron lo mismo: «Esto va a ser un infierno».

Viendo que el ambiente de trabajo cada vez se enrarecía más, creyeron que lo mejor sería mantener una conversación para aclararlo todo.

Después de unos cuantos reproches comprendieron que todo había sido un mal entendido.

Al parecer, el profesor que les asesoró, —quizá por despiste dado el número de alumnos a los que ayudaba—, les había orientado en la misma dirección, con lo que los trabajos parecían copiados el uno del otro.

Aclarado el equívoco, se convirtieron en los mejores compañeros de trabajo sin dejar de recordar aquel incidente como una anécdota más.

Juana García

SIN ACRITUD

Como si abriera la tapa de una alcantarilla y un rayo de luz entrara de repente en la oscuridad.

No veía nada, sus párpados cerrados y pesados se resistían a separarse y solo su cerebro, poco a poco, se situaba en el mundo. Olió su propio aliento viscoso y agrio. Su estómago lanzó un quejido apretado que hizo salir una bocanada de aire más agrio aún, entonces entornó los ojos y se hizo la primera pregunta: *¿Dónde estoy?* Los abrió más, tocó unas sábanas frías y blancas. No recordaba nada y sintió el primer dolor: desde la garganta a su frente y de allí, se extendía por toda su cabeza. Pulsante. Parecía que en su proyección, sobrepasaba sus ojos, las orejas, su pelo, incluso sentía un halo doloroso a su alrededor.

Alargó sus dedos y se tocó la cara, entonces sintió el segundo dolor: desde la mandíbula izquierda hasta el arco ciliar. Una sensibilidad extraordinaria que su manipulación convirtió en lamento inflamado. *Tengo que despertarme*, se dijo y en una contracción de su cuerpo, se incorporó sobre la cama. Una inesperada arcada le sobrevino y le llenó la boca de fuego ácido alcohólico. En una segunda expulsó un chorro inclinado, la mitad en el borde de la cama y la otra sobre el suelo alfombrado. Tardó unos segundos en recuperarse. Alzó la cabeza y respiró hondo. Una rápida ojeada por la habitación le descubrió una puerta al fondo. Con delicadeza sus pies se posaron sobre el mullido suelo. A cada movimiento el dolor pulsante se exacerbaba y tampoco su sentido del equilibrio le respondía fielmente. Abrió la puerta del baño y un gran espejo devolvió su imagen completa, desnudo, el pelo desordenado y su cara izquierda colorada e hinchada. Suavemente la tocó y un pinchazo de dolor le atravesó de parte a parte la cabeza. Sintió frío, un frío intenso. Sentado en la taza del váter, con la mirada perdida, hizo un esfuerzo de memoria: El día anterior. Su salida del nuevo trabajo, ilusionante, motivador y muy bien pagado. Su encuentro con Juan, sus dos miradas retadoras y el increíble cambio en su actitud. Incluso le presentó a dos chicas del equipo informático.

Vagamente recordaba sus caras, pero los cuatros cenaron juntos y, después, salieron a bailar. Ellas se fueron temprano, no recuerda la hora, pero él y Juan siguieron tomando whisky con Coca-Cola, uno tras otro. Nada más, solo su despertar en aquella habitación. Una nueva arcada le sobrevino, el lavabo se tiñó de amarillo negruzco.

¡El trabajo, el trabajo! ¿Qué hora es? Regresó al dormitorio y buscó sus ropas sin éxito. Suyo, solo su cuerpo estaba allí, y una botella de Dick medio vacía, tumbada en el suelo. Entonces recordó a Juan sosteniéndole y entregándole la botella. Otra arcada, esta vez sin vómito al recordar la cara de Juan.

La habitación sin ventanas, la única puerta del baño, la cama y una silla al fondo, una bombilla desnuda y potente iluminaba toda la estancia. En el rincón, la silla. Fue hacia ella. En su asiento una hoja blanca, doblada. Leyó:

«Ponte cómodo, Jorge. Lo pasé genial ayer. ¡Tenía tantas ganas de volver a verte! Disculpa por el golpe, fue necesario. No te preocupes, pronto te traeré ropa y comida. Disfruta de tu nuevo trabajo».

Juan

Ángel Rodríguez García

LA VENGANZA ES UN PLATO QUE SE SIRVE FRÍO

No es que yo fuera un gran ahorrador. Procuraba vivir al día sin hacer grandes sacrificios, pero tenía la costumbre, con lo que me sobraba a final de mes, de realizar pequeñas inversiones, cantidades de poca monta que, poco a poco y en tiempos de bonanza económica, me reportaron buenos beneficios. Un día recibí la llamada de David, asesor financiero del banco donde gestionaban mis ahorros. A David lo conocía desde la infancia y desde entonces nos unía una entrañable y duradera amistad.

«Jorge, tío, —me dijo— esta es la oportunidad de tu vida, lo que estabas esperando. El banco ha sacado un producto nuevo que vas a flipar. Es de vértigo. Solo tienes que apostar por él, el riesgo es mínimo y como está ahora el mercado las posibilidades de ganar dividendos son inmensas».

Las palabras de mi amigo sonaron en mi oído como música celestial. Por fin iba a poder doblar mis ganancias y así montarme el negocio que siempre quise tener. Me lo jugué todo a una carta, *acciones preferentes*, me dijo David que se llamaban.

No habían pasado ni dos meses desde que me dejé convencer pensando que estaba haciendo una buena inversión. Una mañana, mientras desayunaba, los informativos de la televisión asaltaron mi tranquilidad y me sumergieron en una terrible pesadilla: *Fraude en las Preferentes. 700.000 inversores engañados*.

Mi primera reacción fue acercarme al banco y agarrar a mi ex amigo por la solapa: «Tú no tienes vergüenza, —le dije — por salvar tu puesto de trabajo me has llevado a la ruina. ¡No quiero volver a verte nunca más!»

Y mi vida continuó envuelta en una tristeza rara, surgida primero por la decepción que me causó mi amigo y después por la impotencia que sentía por no poder hacer nada para recuperar el dinero perdido. Solo podía esperar. Mientras tanto (Dios aprieta, pero no ahoga), conseguí un ascenso en mi trabajo. Ahora me había convertido en el jefe de personal de una empresa puntera en estructuras informáticas. Fuera, en la sala de espera, un aspirante a un puesto de programador, aguardaba a ser llamado para pasar la entrevista. Levanté la persiana de mi despacho para ver al candidato y allí, ante mi sorpresa, estaba el traidor, el causante de mi ruina, el de las Preferentes. « ¡Ay, amigo— me dije — la venganza es un plato que se sirve frío! ¡Que comience la degustación del menú, que me voy a divertir!»

María J. Llanos

EL OTRO JORGE

El otro Jorge ha aparecido al primer grito del jefe. Ahí está ese ser odioso al que no hubiera querido volver a ver jamás: su chulería, su falta de respeto, su eterno cabreo. Su maldita cara mirándome con desprecio desde el espejo.

Llevaba tanto tiempo sin saber del otro Jorge que creí que me había librado de él.

Ha sido el otro Jorge quien le ha plantado cara al jefe delante de los compañeros. Nadie le ha apoyado, todos han bajado la cabeza. Les *he* dicho que son unos capullos, les *he* dicho que hablan por detrás y no hacen nada, les *he* dicho que ese hijo de puta nos maltrata porque es un soplapollas. Les *he* dicho que... ¿Les *he* dicho? No, no he sido yo, ha sido el otro Jorge ¡está tratando de confundirme!

Dice que tengo que dejar de tomar la medicación para que él pueda salir a defendernos porque a mí me torea todo el mundo. No quiero escucharlo, no quiero que se apodere otra vez de mí.

No voy a perder el trabajo por el otro Jorge, esta vez no. Voy a acabar con él para siempre. Me tomaré el bote entero de pastillas y no podrá volver nunca más.

Belén Gómez

EL ENCUENTRO

Jorge necesitaba un cambio en su vida; estaba estancado. Cuando le ofrecieron un puesto de informático en Madrid, no se lo pensó dos veces y aceptó encantado. Las posibilidades que le ofrecía la capital se le antojaban muy apetecibles.

Todo le gustaba en el nuevo trabajo: las modernas oficinas, los compañeros y por supuesto, el sueldo. Por la tarde les convocaron a una reunión para presentarles el proyecto en el que iban a trabajar y entonces conocería quién sería su jefe directo. Cuando ya estaban todos sentados, se abrió la puerta y apareció la última persona que esperaba encontrar allí, la única a la que había jurado no volver a hablar en su vida: Pablo, su antiguo amigo. Los dos jóvenes se quedaron mirándose impactados por la sorpresa; no se dieron la mano, no se dijeron nada, simplemente se ignoraron. La reunión se desarrolló tensa. Cuando terminó, el director de la empresa les llamó a su despacho:

—Es evidente que os conocéis de antes y que algo pasó entre vosotros —les dijo muy serio, mirándolos a los ojos—. No espero que me lo contéis, solo que lo arregléis. Sea lo que sea, no puede afectar a vuestro trabajo o tendré que despediros a los dos. Formáis parte del mismo equipo y debéis trabajar codo con codo. —Dicho esto, salió del despacho dejándolos solos.

En la mente de cada uno apareció una imagen retrospectiva de diez años atrás, cuando aún estaban en el instituto y eran amigos inseparables. No eran malos chicos, pero cometieron un error: sustrajeron dos ordenadores portátiles del armario donde se guardaban, en su centro de estudios. El equipo directivo presionó mucho a los estudiantes para descubrir a los responsables. Pablo se derrumbó y lo contó todo, acusando a Jorge de ser el promotor del robo y diciendo que le había coaccionado para participar. Jorge fue expulsado. Sus padres estaban tan disgustados que lo enviaron a un internado fuera de la ciudad. Su vida cambió radicalmente; allí lo pasó muy mal. No volvió a ver al que había sido su amigo y juró que nunca lo perdonaría por haberle traicionado tan vilmente.

Y ahora estaban frente a frente, obligados a entenderse. Pablo fue el primero en hablar:

—Estoy muy avergonzado por el daño que te causé y por no haberme disculpado nunca; créeme si te digo que si pudiera volver atrás y borrar mi infamia, lo haría. Sé que debes estar muy enfadado conmigo, pero tenemos que solucionar nuestras desavenencias si queremos continuar en la empresa; ya has oído al jefe. —Pablo apenas podía mirar a la cara a su antiguo amigo, pero se obligó a continuar—: Dime qué debo hacer para resarcirte y lo haré.

—Soñé durante mucho tiempo en volver a encontrarte y ajustar cuentas; pero he madurado y aunque no puedo olvidar el sufrimiento que me causaste, estoy dispuesto a pasar página. —Jorge hablaba con calculada frialdad, mirando a los ojos de su enemigo—. Me dices que estás dispuesto a hacer lo que te pida, pues te pido esto: renuncia a liderar este proyecto en favor mío; me propondrás como tu sustituto; puedo hacerlo bien, estoy muy preparado. Así podrás compensarme adecuadamente.

Y a Pablo se le cayó el mundo a los pies.

Isabel González

CAPRICHOS DEL DESTINO

El director del nuevo proyecto en el que se iba a embarcar le había citado a las ocho y quince minutos, en su despacho, para presentarle a su compañero, a la persona con la que iba a tener que compartir su trabajo. Era un proyecto tan innovador, con tantísimas expectativas de éxito que Jorge no había dudado para unirse a él y en abandonar, incluso, su ciudad de residencia. Ahora estaba allí, y el director no le esperaba solo.

Fue en aquel momento, en el de las presentaciones, al escuchar ese nombre, cuando le pareció estar oyendo de nuevo a los profesores del instituto pasando lista en clase, y no sin sorpresa reconoció en su nuevo compañero, porque aquel, sin duda, iba a ser su nuevo compañero, al guaperas de su curso.

Nunca había podido olvidar aquel viaje de fin de COU a París, él pensaba que sería ir un poco más allá en su relación con aquella compañera, de la que estaba enamorado, y con la que llevaba un tiempo con los típicos *tonteos* de la edad. Pero había sido el guaperas, no sabía cómo, el que consiguió ser su compañero de asiento en el autobús, el que dio al traste con todas sus ilusiones puestas en aquel viaje y el que avanzó con la que él consideraba “su chica”. Se juró no volver a hablarle en la vida y hasta ese momento, quizás porque habían estudiado en universidades distintas, lo había logrado.

Y ahora, caprichos del destino, allí estaban juntos de nuevo. El guaperas ya no lo era tanto y él ya tampoco era ese chico visceral e inmaduro, ahora, simplemente, eran dos personas involucradas en un proyecto común que, para conseguir óptimos resultados, precisaban de una sintonía total entre ellos, y por eso, sin vacilar, él fue el primero en darle un vigoroso apretón de manos.

Natividad Martín Ciudad

LA SOLUCIÓN ERRÓNEA

Jorge no podía creer lo que estaban viendo sus ojos: el mismo compañero de oficina, el mismo pelmazo de siempre, la misma pinta; la misma sonrisa. Felipe se le echó encima en cuanto lo vio y le dio un abrazo inmenso. No le había contado que había solicitado la misma plaza que él. Estaba enamorado de Jorge, y no, él no creía que aquel amor fuera acoso. Es verdad que llamaba a su teléfono con frecuencia, que le mandaba mensajes cuando sabía que estaba en línea, que se hacía el encontradizo en el bar de la esquina y que se coló de incógnito en el baile de la última boda a la que había asistido Jorge, pero era amor. Era solo amor, el mismo que le había inclinado a solicitar la segunda plaza de esa oficina a quinientos kilómetros de su vivienda y de la del propio Jorge. Ahora lo veía palidecer de asombro. *¡Qué casualidad, querido compañero!*, le dijo entusiasmado, mientras Jorge caía desmayado al suelo. Otra vez se había equivocado. Aquel tema no tenía solución, pensó antes de sentir que le estaba dando un infarto.

Pilar Alcántara

NEGOCIOS

Jorge se estremece ante la puerta del despacho del que va a ser su jefe cuando comprueba, con espanto, que el nombre y los dos peculiares apellidos coinciden con el de un antiguo compañero de instituto. Él era el número uno de la clase, la estrella del equipo de baloncesto y el más guapo, y Jorge no pasaba de ser un alumno del montón, de los que no destacaban en nada. La rivalidad surgió por Susana, que estuvo jugando con ellos hasta el final del segundo trimestre, cuando rechazó a Jorge y se decidió por el chico más popular y admirado.

En el primer entrenamiento del equipo de baloncesto, cuajado de rabia y humillación, aprovechó un lance para clavarle el codo en el rostro al que había declarado su enemigo. Le partió la ceja y aquello acabó con varios puntos de sutura y Jorge expulsado del equipo, puesto que el entrenador percibió la intención y la mala leche desde el primer momento. Después del incidente, que fue la comidilla de todo el centro, los muchachos no volvieron a dirigirse la palabra.

Los dos hombres están frente a frente. A Jorge le confirma su sospecha la cicatriz que atraviesa la ceja del que va a ser su jefe. Traga saliva y se ruboriza. Se le pasa por la cabeza que tal vez cambiar de trabajo y de ciudad no ha sido su idea más afortunada.

—Buenos días y bienvenido a nuestra organización —le dice con una sonrisa amable mientras le invita a tomar asiento—. Antes de nada, viejo compañero, quiero aclararte que me acuerdo perfectamente de ti, pero eres el mejor candidato para este puesto y los negocios son los negocios.

Víctor M. Jiménez Andrada

MUNDO INTANGIBLE

Tenía que haber sido él, precisamente su mejor compañero de curro y considerado uno de sus mejores amigos desde la escuela; aquel día que transcurría normal con el tráfico incesante de camiones, coches y furgonetas por el polígono industrial de *Las Capellanías*. En aquel concesionario de coches se cerraba la venta de un modelo novedoso de vehículo, Jorge había iniciado con los compradores todo el proceso de información, recoger sus gustos para incorporarlos al modelo a entregar, soportar todos esos tira y afloja en la negociación. Y esa mañana, ausente Jorge por visitas comerciales, se personaron a firmar la compraventa, y fue Jacinto el que remató toda la faena poniendo su número de vendedor para llevarse la comisión, por eso juró Jorge que no volvería a hablarle en su vida a ese pedazo de cabrón.

Corrían otros tiempos y Jorge debía incorporarse a su nuevo trabajo en una nueva ciudad, en su Cáceres natal. El verano seguía quitando espacio a un otoño acobardado, y es que el cambio climático se hacía notar con ese calor urente y pegajoso. En solo diez minutos debía estar en su nuevo puesto y él seguía en su casa en gayumbos preparando todo lo necesario. A la hora acordada enfiló una céntrica avenida y divisó el flamante y llamativo punto de venta que le esperaba, a un lado una tienda de ropa y al otro una inmobiliaria. Observó como alguien miraba en el escaparate unos pantalones de pitillo y que al girarse, tras una breve duda, se reconocieron de inmediato, allí estaban otra vez frente a frente los dos, aunque esto tenía un pequeño matiz.

Cuando sucedió lo de la comisión por la venta, un mundo nuevo se avecinaba llamado metaverso, era solo una inmensa sábana en blanco en la que todo estaba por perfilar, pero ya era una realidad y se habían creado múltiples espacios virtuales en 3D; compartidos y persistentes, los humanos ya actuaban social y económicamente como avatares. Eso era lo que por allí pululaba de esos dos paisanos, unas fieles y bien conseguidas réplicas de ellos mismos. Jacinto, desde que le dio el palo, residía en Vilagarcía de Arousa. Eran sus avatares los que ocupaban esa ciudad simulada, ese ciberespacio que actuaba como una metáfora del mundo real.

Jorge intuía que en un mundo nuevo no habría muchas leyes, que tendría que atar en corto a su paisano y prefirió hacer borrón y cuenta nueva no comentando nada de esa mala acción del pasado, la nueva experiencia era muy retadora y el encuentro había sido un poco anómalo. Otro gallo cantaría si llegara a cruzarse con él cara a cara, por el paseo de *Cánovas*, si se dignase a venir por Cáceres.

José A. García Feria

ENEMISTAD

Cogió el ascensor para dirigirse por primera vez a su nuevo puesto de trabajo, pero iba arrastrando su cuerpo, a lo largo del día, como un zombi. Jorge llevaba meses sin conciliar el sueño. Estaba distraído y, más de una vez, había cogido la línea de metro equivocada, o se había olvidado la cartera en casa o, cuando le preguntaban, no respondía o lo hacía hablando de otra cosa. Se sentía sin ánimos, bajo de moral e incapaz de soportar más la presión que le originaba su anterior trabajo, así que, por eso, se decidió a cambiarlo por otro, en el que pensó que se iba a encontrar más tranquilo y con menos ansiedad. Tampoco es que fuera feliz en su esfera más personal e íntima. Había roto con Mercedes, su novia de toda la vida, porque las tardes de los fines de semana, que era únicamente cuando podían verse, caían como losas sobre él y le embargaba el aburrimiento. Las cosas que anteriormente hacían y que por pequeñas que fuesen le colmaban de felicidad, ya no le satisfacían en absoluto. Las horas se le hacían eternas hasta el domingo por la noche en que dejaba a Mercedes en la puerta de su casa y se despedían con un tibio beso. Un beso —pensaba— del que podía prescindir ya que no le sucedía como tiempo atrás en que solo con sentir su piel cerca de él, se disparaba su corazón y todo su cuerpo experimentaba una acumulación de chispitas eléctricas desde la cabeza a los pies. Así que decidió romper la relación.

Además, por una serie de imprevistos, había gastado más dinero del que se podía permitir y estaba experimentando serios problemas para liquidar su hipoteca. Cuando esto sucedía, no podía evitar maldecir y desearle todo lo peor a Nacho, un antiguo e íntimo amigo al que tiempo atrás le había dejado una importante cantidad de dinero y que cuando se lo reclamó fue dándole largas una y otra vez, llegando incluso a marcharse fuera de la ciudad y no contestando a sus llamadas, a sus whatsapp, ni a sus correos. Ya casi se había acostumbrado a aceptar esa pérdida económica pero, ahora que estaba asfixiado, una cólera e ira ciegas le embargaban.

Lamentaba haber cambiado de trabajo. Se sentía estúpido por haber sido tan confiado, por no haber sopesado los riesgos que implicaba deshacerse de tanto dinero, por haberse propuesto no volver a hablar con Nacho en su vida, en lugar de partírle la cara y amenazarle hasta que saldara su deuda. Se auto compadecía y rumiaba pensamientos negativos en los que deploraba su cambio de residencia y hasta su propia vida.

El ascensor dio un pequeño bote y la puerta se abrió. Jorge se anudó el nudo de su corbata, dejó a un lado sus pensamientos y con actitud erguida y relajada, se dirigió hacia el despacho del director que le indicaría su puesto de trabajo. Llamó a la puerta, entró y, súbitamente se paró en seco. Su corazón comenzó a latir a una velocidad descontrolada, taquicárdica; sintió una profunda sensación de ahogo con opresión en el tórax y despersonalización; como si estuviera fuera de sí mismo y de la realidad. Todo su cuerpo se impregnó de una profusa sudoración y escalofríos, con sensación de vacío en la boca del estómago y, sobre todo, una enorme tensión muscular, acompañada de una grave sensación de pérdida de control que le impulsó a lanzar todos los objetos y el mobiliario de la habitación, gritando y golpeando a su nuevo jefe, don Ignacio Velarde, que le miraba con ojos atónitos, estupefacto y confundido, tratando por todos los medios de defenderse.

Blanca Fajardo Utrilla

CASUALIDADES

Jorge llevaba algún tiempo desempleado cuando halló trabajo en otra ciudad. Hubo de dejar su pueblo, ese lugar donde nació y en el que vinieron al mundo sus hijos, separarse de sus padres y amigos, pero valía la pena semejante sacrificio. Siempre soñó con aquel puesto. La tienda era acogedora y el dueño parecía simpático. Al conocer al otro dependiente la alegría de Jorge se esfumó como una nube de humo. No podía trabajar junto al hombre que juró no hablar mientras viviera. Para él, Juan murió el día que rompió la relación sentimental con una buena mujer para unirse a una joven más hacendada. Juan tampoco quería ser compañero del hermano de su ex novia. Y ambos necesitaban el trabajo.

Antes de aceptar el puesto, Jorge indagó en la vida del otro empleado, pues no concebía que un señor rico tuviera la necesidad de ganarse el pan con el sudor de su frente. Supo que estaba divorciado porque siempre fue infeliz al lado de su esposa y que esta cumplía condena en la cárcel por delinquir desde joven. Por primera vez se alegró del mal ajeno.

En cambio, su hermana, tras varios intentos de suicidio y un largo tratamiento psicológico, conoció al caballero que puso luz en su oscuro camino.

Estos dos enemigos jamás mantuvieron extensas conversaciones, ni tomaron copas en el bar. Pero, por intereses económicos, aprendieron a trabajar juntos.

Vito Cruces